

gigante, porque han sacado á su candidato Presidente por unos cuantos votos? Si esto sigue como va, esta nación, que ha echado á refir con la Europa á un tiempo mismo catorce grandes Ejércitos, llamará dentro de poco, como los niños, batallas campales á las batallas de alfilerazos.

---

PARÍS, 20 de Agosto.

Ocúpase la Cámara de los Diputados en la famosa discusión sobre el proyecto de ley que constituye la Regencia. Ustedes, que tan cuidadosos se han manifestado siempre de tener á sus lectores al corriente de las discusiones más importantes del Parlamento francés, no habrán abandonado ciertamente en esta ocasión su antigua costumbre; por esto, y porque para manifestar á Uds. mi opinión sobre estos debates solemnes es necesario de toda necesidad considerarlos en su conjunto y después de concluídos, me reservo para manifestar á Uds. mi manera de sentir en este particular más adelante.

Entretanto los lectores del *Heraldo* no llevarán á mal que ocupe su atención con algunas consideraciones sobre los principales oradores de la Cámara francesa, aprovechando esta ocasión en que todos hacen vistoso alarde de sus armas.

El primer orador eminente que ha entrado en el debate sobre la cuestión de la Regencia, ha sido Mr. de Lamartine, y Mr. de Lamartine es uno de aquellos hombres que más poderosamente llaman la atención de los que, como yo, son inclinados al estudio de los caracteres y del corazón humano.

Poeta de primer orden y político ambicioso, vivió sus primeros días atormentado por su genio, y vive hoy atormentado por su orgullo. Su educación literaria fué clásica; su educa-

ción política, monárquica; su educación moral, religiosa. Cuando nació á la vida de la inteligencia, miró alrededor de sí, y sus ojos pudieron contemplar, llenos de espanto, la sangrienta huella que en el suelo de la Francia habían dejado las revoluciones. Tenía á la sazón en sus manos el estandarte de la reacción política, religiosa y literaria Chateaubriand, cisne divino que cantó á la Europa los cánticos del cielo: poeta inspirado, misionero sublime que, para derramar por todas partes la palabra evangélica, la palabra civilizadora, abandonó su hogar y se fué peregrinando por el mundo. Las obras de Chateaubriand fueron el primer encanto de Lamartine; la gloria de Chateaubriand fué su primera ilusión, y como la primera, la más pura de todas sus ilusiones; alcanzar también esa gloria fué su primera esperanza. Dotado de una riquísima vena, de una imaginación ardiente á un mismo tiempo y fecunda, nutrido con la lectura de todos los grandes poetas y llevado como por la mano por el más grande poeta de su siglo, Lamartine puso sus ojos en Dios, sus manos sobre la lira, y dejó escapar de sus labios los más puros, los más blandos, los más inefables acentos. Entonces dió á luz sus primeras *Meditaciones*.

Estas *Meditaciones* serán siempre el más suave manjar para las almas tiernas, religiosas y doloridas; en ellas Lamartine no es un poeta que canta, es un poeta que gime, y, sin embargo, no gime como los demás hombres; gime como los poetas, cuyo gemido es un consuelo para los desventurados del mundo. Consideradas estas primeras *Meditaciones* bajo el aspecto del arte, son un modelo en el género religioso y elegíaco. Distinguese por la suavidad de los toques, por lo correcto de la dicción, por la blandura de las tintas. Es monótono, porque es monótono el dolor, pero da el último toque á sus composiciones tan á tiempo y con tan maravilloso artificio, que evita siempre el cansancio, ese escollo de los poetas plañidores y lastimeros; yo no conozco nada más difícil que acertar á dar la conveniente extensión á las composiciones consagradas á la expresión de las melancolías del alma y á la alegría de los fes-



tines: no conozco en este género más que dos modelos acabados: Lamartine y Anacreonte. Nuestro Meléndez puede ser imitado sin peligro. En cuanto á nuestro gran Herrera, ídolo de la escuela sevillana, y hasta cierto punto, por su magnificencia lírica, de todos los amantes de las letras españolas, no es un poeta elegíaco sino cuando vierte la inspiración bíblica á nuestro idioma; fuera de ahí, es un escritor de malas elegías.

Después de haber publicado sus *Meditaciones*, dió á luz Lamartine sus *Armonías poéticas*. En esta nueva publicación se manifestó más rico, más variado, más viril, pero también más impaciente de todo yugo, más libre de todo freno. Consideradas las *Armonías poéticas* en sus pormenores, llevan una gran ventaja á las *Meditaciones* religiosas; pero se quedan muy atrás consideradas en su conjunto; las *Armonías* son superiores desde el punto de vista de la inspiración, pero son inferiores bajo el aspecto del arte. En este sentido, puede decirse con verdad que en esta nueva publicación de Lamartine hay, por un lado progreso, y por otro lado, decadencia. Sin embargo, fácil era de adivinar que la decadencia había de prevalecer siguiendo este camino arriesgado, como quiera que los poetas que se emancipan del arte para convertirse en esclavos de lo que llaman sus propias inspiraciones, van siempre á caer en un vago y vaporoso sonambulismo.

En esta época crítica para nuestro poeta, se verificaron dos grandes acontecimientos, privado el uno, público el otro, que aceleraron su transformación absoluta. Hablo de la revolución de Julio y de su viaje á Oriente. Su viaje le transformó de poeta católico en poeta panteísta; la revolución le transformó de poeta, en hombre de Estado: Lamartine no fué nunca un poeta católico de buena ley. El catolicismo no fué nunca para él una Religión, sino una poesía; no le cantó porque estuviese hondamente poseído de su belleza moral, sino porque, al abrir sus ojos á la luz, sintió sus ojos deslumbrados con sus magníficos resplandores. Lamartine, por otra parte, no es hombre que siente, sino hombre que imagina sus sentimientos. Cuando,

transportado al Oriente, se sentó en la cuna misma de todas las religiones, su alma, ambiciosa de volar por nuevas esferas y de descubrir nuevos horizontes, se sintió como anegada en aquellos vagos y espléndidos recuerdos de las religiones orientales. Dueño el Oriente de su imaginación, fué dueño del hombre. Entonces le sucedió lo que á los filósofos de la escuela de Alejandría: que, turbada su alma con el riquísimo y variado espectáculo de todas las filosofías y de todas las religiones del mundo, quiso construir con sus manos una religión de los aglomerados escombros de todas las religiones, y una filosofía de los fragmentos dispersos de todas las filosofías. La nueva filosofía y la nueva religión habían de ser una misma cosa, y esa cosa había de ser la más comprensiva, la más general que fuera posible; era necesario abarcar y explicar en una sola fórmula á Dios, al mundo y al hombre; seres idénticos y unos en su esencia, variados y múltiples en sus manifestaciones, esta filosofía, que es una religión, se llamó *Filosofía humanitaria*; esta religión, que es una filosofía, se llamó *panteísmo*. En el dogma panteístico todo lo que existe, es parte integrante de Dios; Dios es todo lo que existe, de cuya confusión exótica y extravagante viene á resultar que ni Dios es Dios, ni el mundo es mundo, ni el hombre es hombre; los filósofos alejandrinos, queriendo renovar todo, fueron á parar de consecuencia en consecuencia al aniquilamiento de todas las cosas. Si la cabeza más firme se siente desvanecida con esta confusión de todas las filosofías y de todas las religiones del mundo, la de Lamartine, que nunca estuvo muy segura y que no está construída para ser asiento de grandes doctrinas filosóficas, se desvaneció de una manera lamentable. Los primeros frutos de esta transformación fueron el poemita intitulado *Jocelyn* y el que intituló *La caída de un ángel*. Uno y otro no son más que fragmentos de un poema de gigantescas proporciones, en el cual la humanidad es el héroe y el universo el teatro. Considerados esos poemas por el aspecto filosófico, son la exposición laboriosa y oscura de los misterios del panteísmo oriental; misterios que



están harto mejor explicados y harto mejor desenvueltos en Proclo y en Plotino. Considerados bajo el aspecto del arte, hacen venir las lágrimas á los ojos al considerar en el ángel purísimo que llevó como una suave ofrenda al altar sus castas modulaciones, un ángel bañado todavía de luz, pero derrocado del cielo, que no quiso por morada. En vano se procurará encontrar en estos poemas aquel artificio de distribución, aquella suavidad de lineamientos, aquella tersura y limpieza de dicción, aquella blandura de toques, aquella rica sobriedad de imágenes, aquella estudiada graduación de tintas; en una palabra, aquel sentimiento profundo de la belleza poética, de la belleza del arte, que se descubre en sus *Armonías poéticas* y en sus *Meditaciones* religiosas. El estilo es difuso y descuidado, la dicción es incorrecta, la distribución de las partes, arbitraria; la vena del poeta es fecunda y abundantísima siempre, pero desde luego se echa de ver que el poeta, perdido el dominio sobre sí propio, se abandona á la merced de sus inspiraciones, sin saber sacar partido de esa fecundidad ni poner límites á esa peligrosa abundancia. El raudal de su poesía corre siempre abundoso, pero no limpio, porque ha salido de su lecho y corre sobre malezas que le enturbian, libre de la prisión de sus márgenes.

Una palabra todavía para explicar la transformación que ha sido origen de su decadencia. Lamartine, nacido en una época de restauración religiosa, en una época en que esa restauración se verificaba bajo los auspicios de un hombre de genio que se consagró, más bien que á explicar los dogmas austeros, á cantar las magnificencias y las pompas de la Religión cristiana, no vió nunca en la Religión la fuente de la verdad, sino la fuente de la poesía; y con la sed poética en los labios, fué á beber las vivas aguas de esa fuente. Aplacada su sed, se consideró á sí propio; y reconociéndose poeta, no creyó necesario beber ya de aquellas aguas, sino abandonarse á sus propias inspiraciones. Esta transformación de su alma se manifiesta ya en sus *Armonías poéticas*, en las cuales comienza á despuntar, como he observado antes, aquella espontaneidad de inspiración

que había de ser causa y origen de más trascendentales mudanzas. Llegado al Oriente, dió un paso más y no se contentó con decir: "La poesía es independiente de la Religión," sino que, pasando más allá, dijo: "La fuente de la Religión es la poesía." Entonces escribió sus últimos poemas, en donde se revela una nueva religión á los hombres y se anuncia un nuevo dogma á los pueblos. En sus *Meditaciones*, Lamartine es el poeta religioso, el poeta esclavo del dogma; en sus *Armonías*, es el poeta independiente, el filósofo racionalista; en sus últimos poemas, es el poeta-dios, el filósofo panteísta del Oriente. Su caída es la caída del ángel de las tinieblas; quiso ser Dios y no pudo ser Dios, y dejó de ser ángel; quiso ser más luminoso, y fué todo oscuridad; quiso escalar el cielo, y fué derrocado al abismo.

Sigámosle en sus transformaciones políticas, como le hemos seguido en sus transformaciones poéticas y religiosas.

Lamartine comenzó por venerar profundamente el dogma de la unidad del Poder y de la legitimidad de los Reyes como el dogma fundamental de la ciencia. Cuando creyó en la autoridad religiosa, tuvo fe en la autoridad política. Cuando creyó en las reglas inflexibles del arte, creyó también en los principios inmutables por los que se rigen y gobiernan las sociedades humanas; cuando creyó que había un código de deberes para los poetas, creyó que había un código de deberes para los pueblos. En esta primera época de su vida, alejado de los negocios, no consideró la política sino en abstracto, y acató los dogmas recibidos como un súbdito reverente. Pero llega la revolución de Julio, y llega cuando se había verificado ya la primera transformación de su alma en la región de la poesía; y de la misma manera que había dicho en presencia de su Dios: "Yo soy, y soy por mí mismo, y vivo de mi propia vida," dijo también: "El pueblo existe, y existe con una vida propia; y existe con derechos, con derechos iguales á los derechos de sus Reyes; el dogma de la legitimidad existe, pero existe también el dogma de la soberanía del pueblo." Entonces, hombre



del pueblo, quiso ser partícipe de su soberanía, y fué elegido diputado. En la primera época de su diputación anduvo oscilando entre el dogma de la soberanía nacional y el dogma de la legitimidad de los Reyes. Era legitimista por sus recuerdos, y revolucionario por sus nuevas inclinaciones. Entonces militó debajo de las banderas del partido conservador, partido análogo á la índole propia de sus nuevos principios, puesto que se propone por objeto una perpetua transacción entre el orden y la libertad, entre los derechos de los pueblos y los derechos de los Príncipes. Pero vino la época de su última transformación poética, y entonces, de la misma manera que había dicho: "La fuente de la Religión está en la poesía; el poeta hace nacer las religiones de sus propias entrañas; el poeta es Dios", dijo: "Los Reyes se hacen por la voluntad de los pueblos; el pueblo es el criador; los Reyes son su hechura; el pueblo es soberano; el Rey es súbdito del pueblo; ó, por mejor decir, el pueblo es Rey."

Con efecto: léase su último discurso, su discurso sobre la cuestión de la Regencia, y se verá que en él no dice otra cosa; quiere la Regencia electiva y la Regencia de la madre, y quiere la una y la otra para que el pueblo tenga ocasión de advertir á los Reyes que han nacido del polvo, y que se han de convertir en polvo con el tiempo.

Tal es el estado actual de sus transformaciones. No pudiendo permanecer por más tiempo en las filas del partido conservador, y no atreviéndose todavía á llevar en su bandera los colores democráticos, está al frente de un tercer partido que se llama socialista ó conservador progresivo. Este hombre será un obstáculo constante al desarrollo de las ideas monárquicas y conservadoras. ¡Desventurados, una y mil veces desventurados los pueblos que han puesto su suerte en las manos de los hombres y han olvidado el culto de los principios!

PARÍS, 31 de Agosto.

No había pensado volver á hablar de Mr. Lamartine después de escrita mi última carta, y hubiera cumplido mi propósito á no haber caído en mis manos *La Presse* correspondiente al lunes 22, en cuyo artículo de fondo, consagrado á explicar la conducta de Mr. Lamartine, se hallan cosas que me obligan á someter al buen juicio de Uds. algunas consideraciones que me parecen importantes.

Según *La Presse*, Mr. de Lamartine se daba la mano con el partido conservador por su teoría acerca de la paz, y con la oposición dinástica por sus ideas sobre el progreso indefinido á que están llamados los pueblos. Cuando la cuestión del día ha sido la de la guerra ó la paz, ha votado con los conservadores; cuando la cuestión ha variado de índole y se ha transformado en la de conservación ó progreso, ha votado con los hombres del lado izquierdo de la Cámara.

No entraré aquí á examinar si éstas han sido ó no las verdaderas causas de la conducta de Mr. de Lamartine; esta averiguación me separaría demasiado del objeto que me he propuesto hoy, cuando he tomado la pluma. Sea, pues, de esto lo que quiera, lo que me parece indudable es que Mr. de Lamartine profesa efectivamente las doctrinas que *La Presse* le atribuye. Ahora bien: en esas doctrinas veo, por una parte, la confirmación de cuanto manifesté á Uds. en mi última carta; y por otra, el asunto más á propósito para altas y graves meditaciones. Voy, pues, á hacer buena mi opinión y á manifestar las reflexiones que sobre este asunto se me ocurren.

Mr. de Lamartine es partidario de la paz, de la paz á toda costa, de la paz como elemento de la civilización, de adelanto